

IMPORTANCIA DE LAS ACTIVIDADES ARTÍSTICAS Y CULTURALES EN LA UNIVERSIDAD

Sin educación del gusto no hay educación completa y por tanto no podría llevarse a cabo lo que la propia Universidad pretende: contribuir, por medio de la enseñanza, al desarrollo integral de la personalidad del estudiante.

De otro lado: si la Universidad ofrece a la comunidad un programa en el que falte el arte el servicio que le daría sería incompleto, carente casi de espiritualidad.

Desde luego, la Universidad, por definición, no puede distraer ni demasiado tiempo ni demasiados recursos en un programa de arte destinado a los estudiantes porque no es un centro de enseñanza de bellas artes, y lo mismo podría afirmarse si se define la relación que debe existir entre la Universidad y la comunidad.

El problema es de magnitudes y de posibilidades, porque nadie está obligado a ir más allá de lo que le permiten sus fuerzas.

La primera ventaja que se obtendría con un programa de arte para los estudiantes es que ese mismo programa podría ser disfrutado por la comunidad. Con un solo esfuerzo se lograrían dos propósitos, o para decirlo de otra manera: se cumplirían dos deberes.

La Universidad no tiene por qué embarcarse en una tarea que simplemente la convertiría, en un aspecto, en una promotora de espectáculos y en otro, en una escuela de arte, a fuerza de ofrecer preceptos, quiero decir: dando a conocer, en la forma que considere más factible, leyes y temas artísticos.

Los espectáculos que ofrezca —y ahora estoy contando con las limitaciones que impone el medio: la falta de locales adecuados, el número escaso de grupos artísticos, la pobre concurrencia al teatro, exposiciones y conciertos; la producción limitada de obras de arte—, los espectáculos que ofrezca, repito, deben responder a un criterio ecléctico y hay que organizarlos sobre todo para completar lo que en

*) Ponencia presentada al Seminario de Información y Estudio celebrado del 31 de julio al 4 de agosto, en el hotel Montemar, Puerto Plata, República Dominicana.

la Universidad se hace y para ofrecer todo aquello que en la comunidad no se consigue.

Los preceptos debe difundirlos en forma prudente y de dos maneras: como ilustración de algunos de los espectáculos —y entre los espectáculos incluyo las exposiciones por razones de comodidad— sin que se llegue a la exageración magisterial, que puede espantar a cierto público, y por medio de cursos y cursillos destinados a los estudiantes que libremente los escojan y a las personas de la comunidad que les interesen.

Es una lástima que esos cursos, más que los cursillos desde luego, no signifiquen créditos para quienes los sigan o para decirlo más claramente: que algunas escuelas y facultades no puedan incluirlos entre las materias electivas.

Es posible que cuanto se haga en este sentido no sea suficiente para educar el gusto de los estudiantes, pero es muy probable que contribuya mucho a la formación de un gusto, al familiarizarlos con las expresiones artísticas. Educar, como se sabe, es diferente a formar.

Voy a pararme aquí para hacer una observación que trae como complemento una recomendación.

La Universidad no debe, por aquello del pluralismo de su estudiantado, y porque toda obra de arte es el producto de un acto libérrimo, tomar partido en la batalla inacabable que libran los que creen que sólo lo nuevo, por nuevo, es bueno; y los que piensan que lo nuevo, sólo por nuevo, es malo.

Tampoco debe inclinarse a mezclar el arte con la politiquería o aceptar que sólo las expresiones de arte de los disconformes valen la pena, o por el contrario, que el verdadero arte es flor que sólo se da bien en el patio de los conservadores, para decirlo en la forma más sencilla que se me ocurre.

La poesía de Neruda, marxista, es tan buena como la prosa de Borges, conservador; o el teatro de Bertold Brecht, marxista, es tan importante como el de Paul Claudel, católico regañón; y los ejemplos podrían ser de músicos, pintores y escultores, de esta época o de otras ya pasadas que en un momento se apandillaron política o ideológicamente como cualquier hijo de vecino.

La observación es esta: en torno al arte se disputa, y se seguirá

disputando, y no debemos olvidarlo. La recomendación que me atrevo a hacer es que las manifestaciones artísticas hay que dejarlas entrar a la Universidad por la puerta grande y que no se les pida que digan si tienen o no filiación política, y cuál en caso afirmativo, para sólo dejar pasar a las que el criterio que prepondere considere inofensivas, sin tener en cuenta que en esta materia todo lo que es bueno vale de por sí.

La Universidad, y vamos a cambiar de tema, debe partir de un principio: lo que prolifera es la ausencia de gusto, no el mal gusto que al fin y al cabo no es más que gusto deformado.

Y eso, lo primero, la falta de gusto, constituye una suerte porque resulta ideal tropezar con el espectador en potencia en estado de inocencia, porque el otro, el que ya ha sido deformado, necesita un tratamiento curativo, de rehabilitación especial, mucho más largo y muchísimo más exigente.

Es necesario, también, reconocer que el arte es algo cambiante, sujeto a los vaivenes de las modas que dependen no sólo del predominio de escuelas y tendencias sino de las épocas en que se produce que, naturalmente, ejercen una influencia profunda en el concepto con que se hace el arte.

Eso obliga a estudiar muy cuidadosamente el campo, pues mientras algunas expresiones artísticas, —y aquí comprendo al arte menor y al gran arte—, los hombres de la calle, todos absolutamente todos, pueden seguirlas, disfrutarlas, conocerlas, sin el menor esfuerzo, gozándolas cotidianamente, hay otras que a lo mejor no las toparán en todos los días de su vida. La ópera, por ejemplo.

Me explico: gracias a la radio y a la televisión la gente está completamente al día en cuanto a las canciones populares, a su música, a su letra y hasta a sus propósitos ajenos al arte mismo. Me refiero a la crítica social o política que se vale de cantos y cantantes con mucho éxito por cierto.

Merced a las diarias funciones de cine todos hemos podido seguir su evolución y, salvo una que otra protesta, o incompreensión, lo aceptamos como ha llegado a ser lo que es hoy.

No pasa lo mismo con la pintura, la escultura, la música y el teatro.

Las oportunidades que tiene un estudiante nuestro, o una persona de la comunidad de Santiago, para disfrutar de exposiciones de artes plásticas o de conciertos o de asistir al teatro son muy escasas.

Por eso es muy fácil comprobar un vacío que la Universidad puede y debe llenar porque, dígame lo que se quiera, ni los discos ni las cintas magnetofónicas sustituyen a la música viva; ni el cine reemplaza al teatro ni las reproducciones a todo color pueden tomar el lugar que le corresponde a las salas de exposición.

Cuando se aíslan, para apreciarlos, los beneficios que deriva un estudiante por el solo hecho de vivir el ambiente de la Universidad, y los que saca una comunidad por la suerte de albergar en su seno una institución de alta enseñanza, no olvidamos nunca las ventajas de la socialización para los primeros, para los estudiantes; ni el provecho cultural para la segunda, para la comunidad.

Precisamente el arte, el goce de sus manifestaciones, tiene un poder aglutinante, enormes posibilidades de reunir e identificar en torno suyo, despertando primero y consolidando después un tipo de solidaridad que no se debilita con el paso de los años y que suele ser de lo mejor que uno se lleva en el alma de una universidad cuando la abandona con el título en las manos.

Cada arte, entonces, por esa fuerza cohesiva, junta a sus amantes, y el estudiantado, o una parte importante del estudiantado, se convierte en un archipiélago de intereses desinteresados cuyas islas están sólidamente vinculadas por el amor a la belleza, por el disfrute, en común y apasionado del Arte, esta vez con A mayúscula.

Así como se crea entre los estudiantes esa solidaridad, en la comunidad se consigue algo en cierto modo muy parecido y muy importante: la formación de un público, esto es, una serie de personas que gracias al nacimiento y a la formación de un interés común se identifican para formar un conjunto sensible y exigente, es decir, que sabe lo que es bueno y rechaza todo lo que carece de calidad y finura.

Cuando una ciudad cuenta, para limitarnos por ahora a Santiago, con un público así es casi seguro de que no se quedará sin espectáculos, y en general sin manifestaciones de arte, por la sencilla razón de que se ha transformado en un mercado artístico, en una plaza atrayente, porque los que pagan son numerosos y saben.

Si la Universidad logra que sea posible esa suerte de socialización de sus estudiantes, que reconocemos que será sólo parcial, pero que, sin duda, será altamente espiritual, y que en Santiago se forme un público verdaderamente interesado en las expresiones artísticas, el costo del programa y todos los esfuerzos que haya costado se justificarán plenamente.

Estos son unos cuantos beneficios seguros de la inversión, el resultado visible de la tarea que hay que llevar a cabo y que no exige nada del otro mundo.

Ahora bien: hay otros beneficios sólo probables y uno más, realmente muy importante, que dejo para luego.

Vamos por partes: se habla del beneficio moral que recibe quién ha sido artísticamente educado.

Muchos han sostenido la tesis, pero han perdido la discusión. El arte y la moral tienen pocos puntos de contacto y lo frecuente es que uno y otro anden a la greña y a la larga ni gana la moral ni gana el arte porque viven en atmósferas diferentes y tienen fines absolutamente distintos.

Es más: ni siquiera se puede pedir conducta pulcra al artista, porque se sabe que un ladrón puede ser un magnífico poeta o un asesino un escultor de primerísima clase. Callo nombres por respeto a personas que figuran con retrato grande en las enciclopedias que se respetan.

Por otro lado, pueblos de una gran cultura, refinados y sensibles al arte han sido capaces de las mayores atrocidades, de las maldades más gratuitas, de los crímenes más repugnantes.

Por eso esperar que la educación del gusto mejore al hombre es jugar a la lotería y todos sabemos que siempre son muchos los billetes y pocos los premios. Pero a veces, con todo, la educación artística hace posible un cambio de actitud en ciertas personas y esto a su vez produce un mejoramiento en el comportamiento social.

Y ahora viene lo otro, que cabe en el campo de las probabilidades. La educación del gusto desarrolla facultades que entran en la apreciación, en el poder de discernir. Esto, naturalmente, puede ser muy útil cuando el estudiante lo aplica en un área que es distinta a la del arte. Puede tener, para decirlo en pocas palabras, valor formativo y por eso no es despreciable.

La Universidad se precia, con justo orgullo, de ser una institución al servicio del desarrollo y es, y' lo proclama, pionera en el ofrecimiento de una serie de carreras que están destinadas, precisamente, a contribuir con cuanto suponga un mejor aprovechamiento de nuestras riquezas y de nuestras energías como pueblo.

Si sólo se limitara a ser eso, a servir al desarrollo, su esfuerzo, muy útil, muy noble y muy oportuno, podría calificarse de algo limitado, o de incompleto, porque una institución universitaria no puede olvidar que educar —y educar e investigar se consideran sus obligaciones mayores— que educar, repito, no es sólo instruir, informar, preparar técnicamente a cuantos acuden a ella.

Es posible que muchos piensen que cuando en un país hay suficiente alimento bien distribuido, casas adecuadas paa todos, bastante ropa y salud, lo demás sale sobrando porque no se necesita.

Eso es absolutamente cierto si el hombre fuera abeja o comején, para mencionar dos insectos por loeficientes que son, por lo perfecto de su organización social.

Pero resulta que el hombre no sólo afana para tener las cosas que necesita para vivir. Llega un momento en que su propia condición dual —materia y espíritu— le hace exigir también cosas importantes y entre lo importante está el arte, que es absolutamente inútil, algo sin lo cual nos la podemos pasar, superflúo, innecesario en una palabra, pero importante, tanto que suele decirse que muchas veces cuando se tiene lo superflúo lo necesario no es tan indispensable.

¿Qué otros beneficios podrían obtenerse de los programas —vamos a seguir llamándolos de arte— destinados a los estudiantes y a la comunidad?

Una disminución del interés del hombre por eso que vagamente se llama cultura representaría una pérdida incalculable para el hombre mismo porque dejaría de estar en condiciones de disfrutar cuanto de bello han ido atesorando los siglos. Lo bello es parte muy valiosa de la cultura, para sólo mencionar lo que cristaliza en la obra de arte.

La Universidad tiene que contribuir en forma activa para que esa herencia, ese tesoro sin precio, no se pierda y lo único que debe hacer, para realizar su empeño, es insistir machaconamente en su importancia y facilitar a cuantos pueda el acceso a su disfrute,

porque ese capital que es la cultura no debe ni desmedrar ni perderse por indiferencia o por ignorancia.

Y lo llamo capital para traer a cuento unas reflexiones de Paul Valery, una de las mentes más claras con que hemos contado y espíritu excepcionalmente alerta.

Valery afirmó que "Para que el material de la cultura sea un capital también exige que existan hombres que lo necesiten y que puedan servirse de él, es decir, hombres que tengan sed de conocimientos y capaces de transformaciones interiores; sed de desarrollar su sensibilidad; y que sepan, por otra parte, adquirir o ejercer las costumbres, la disciplina intelectual, las convenciones y las prácticas necesarias para utilizar el arsenal de documentos y de instrumentos que los siglos han acumulado".

Capital, para él, es algo que puede ser empleado y conservado, que aumenta y disminuye como todos los capitales imaginables.

De la cita voy a utilizar en este momento sólo aquello que considero útil para lo que voy diciendo.

Para que el material de la cultura sea un capital, o para expresarlo con las mismas palabras del Diccionario, para que sea "valor permanente de lo que de manera periódica o accidental rinde u ocasiona, rentas, intereses o frutos" es necesario que haya gente que lo necesite y pueda servirse de él, con sed de conocimientos y capacidad para las transformaciones interiores, y sed de desarrollar la sensibilidad.

Para sentir, para padecer, esa doble sed, y para tener esa capacidad hay que prepararse, adiestrarse.

Una preparación funcional y una destreza aceptable pueden darla los programas de que hemos venido hablando, que una vez puestos en marcha, o ampliados, porque la Universidad ha hecho más de lo que generalmente se le reconoce, van a constituir nada menos que su aporte al goce y al aprovechamiento de todo lo que ha venido acumulando el hombre en materia de arte desde mucho antes de abandonar las cavernas en donde dejó la huella imborrable de su poder creador.

La tarea de la Universidad, en ese campo, trascenderá los límites físicos que le marcan el conjunto de jóvenes que empujados por la

esperanza entraron en ella un día y que ahora viven, anhelan y sueñan en su seno; y trascenderá, también, el conjunto de aquéllos que la rodean un poco más lejos y que son los representantes a la mano de cuantos, al pagar sus impuestos, o por voluntaria dación, facilitan el dinero que gastamos, para terminar haciéndole una reverencia al Presupuesto.